

# CICERON MEDIADOR DE LA PAZ EN LA GUERRA CIVIL DE CESAR Y POMPEYO

## Una aclaración.

Estas páginas no contienen una ordenación lógica de la guerra civil. Sería un trabajo muy interesante y fácil de hacer el ordenar las diversas frases del epistolario de Cicerón, y confeccionar una historia de esta guerra que explicaría la fidelidad o infidelidad histórica de muchos puntos dudosos de la narración de César; pero no es ésta por ahora mi intención. Me contento con la exposición de lo que Cicerón trabajó por impedir la guerra civil, y una vez desencadenada, sus esfuerzos por cortarla.

No fué pequeño el mérito del gran tribuno el mantenerse casi él solo, como dice Veleyo, 2, 48, 5, confirmándolo Plutarco, Cic. 27, frente a las ambiciones desmedidas de dos bandos enormes de la política, como apóstol e impulsor de la paz. Su voz no fué atendida; pero no por eso dejó él de levantarla en todas las ocasiones que se le ofrecían.

Seguramente que al final del artículo quedará en la mente de quien lo lea una idea clara: Cicerón fué el príncipe de la paz y el mejor patriota de cuantos ciudadanos romanos vivían en los años calamitosos del tránsito de la vieja república al nuevo imperio.

## 1.—Ante los preparativos de la guerra.

Cicerón se pone en viaje para desempeñar el gobierno de la Cilicia, provincia que el senado le había confiado, en los primeros días de mayo del año 51 a. C. *Att.* 5, 9, 3; 5, 17, 3; 5, 20, 9; 6, 1, 12; 6, 2, 2; 6, 3, 8; 6, 7, 2). A su espalda dejaba la república en grave situación porque sus dos grandes generales se habían puesto de frente el uno al otro. Antes de dejar la patria, quiere visitar a Pompeyo que está descansando en Tarento; de la entrevista saca la con-

clusión de que el Grande está dispuesto a defender la república contra cualquier evento (*Fam.* 2, 8, 6; 6 julio 51). Cicerón confía en él. Entre tanto se van incrementando los enconos y exacerbando los ánimos. Celio comunica al procónsul punto por punto todas las acaloradas disputas del senado y todos los incidentes de la enmarañada política de Roma. Las noticias, por desgracia no son tranquilizadoras. El *imperium* de César terminaba el 1.º de marzo del 49. El senado estaba dispuesto a dar el cese a C. Julio y a exigirle la entrega de las legiones con las que había dominado las Galias. César, que veía disipadas sus ambiciones y sus sueños, había preparado el terreno. La sesión del senado la presidía aquella jornada el cónsul Paulo Emilio, entregado a César en cuerpo y alma, pero, viendo la fogosidad anticesariana de su colega C. Marcelo, no desplegó la boca. Habló y obró por él sobradamente el tribuno de la plebe Curión.

Curión, bajo la previa inspiración de César, propuso dos vías al senado: 1.ª que el senado obligue tanto a César, como a Pompeyo, a cesar en el *imperium* y a reducirse a la condición de simples ciudadanos; 2.ª que se prorrogue a César el *imperium* hasta el 13 de noviembre, fecha en que espera verle cónsul designado. El escándalo que suscitó en el senado fué clamoroso. Pero no se consiguió nada. César en realidad buscaba lo último para llegar al consulado, fortalecido con las espadas de las legiones y dominar más fácilmente al adversario.

Celio seguía enterando a Cicerón de todos los acontecimientos, y el buen patriota ardía en deseos de retornar a Italia. «Res publica me valde sollicitat» (*Fam.* 2, 15, 3). Su proconsulado terminaba el 30 de julio (*Att.* 5, 21, 9; 5, 3, 1).

El viaje de regreso fué largo porque quiso llegarse a la isla de Rodas, para que la visitaran su hijo Marcos y su sobrino Quinto. (*Fam.* 3, 12, del 3 de agosto). El primero de octubre estaba en Efe-so, y allí recibió malas noticias de la política de Roma: César no quería en modo alguno licenciar su ejército. (*Att.* 6, 8, 2). En Atenas el 14 de octubre se convence, por cartas de sus amigos, que ya no se pensaba más que en las armas. Pompeyo estaba plenamente decidido a no admitir la candidatura de César para su segundo consulado, mientras no licenciara el ejército; y César por su parte veía que sin las fuerzas de sus legiones no podría conseguir nada.

(*Fam.* 8, 14, 2 y ss) <sup>1</sup>. El 25 de noviembre estaba en Brindis, allí le esperaba Terencia (*Fam.* 16, 9, 2; *Att.* 7, 2, 1). El durante el viaje iba atormentado por dos preocupaciones serias: la celebración del triunfo por sus victorias contra los Partos, y la que más hondamente le angustiaba, la situación deplorable de la política de Roma.

Su programa desde el primer momento fué el de la moderación y el de la concordia. «*Romae vereor ne ex Kal. Jan. magni tumultus sint: nos agemus omnia modice*», escribía a su amanuense Tirón (*Fam.* 16, 9, 3). Y a su amigo Atico: «*Sive enim ad concordiam res adduci potest, sive ad bonorum victoriam, utriusve rei me adiutorem velim esse aut certe non expertem: sin vincuntur boni, ubicumque essem, una cum iis victus essem*» (*Att.* 7, 3, 2 y 5).

En Cumas se entrevistó con su amigo y corresponsal Celio que ya se había declarado por César (*Att.* 7, 3, 6), y el 10 de diciembre con Pompeyo en la misma ciudad. La entrevista con el Grande se prolongó por espacio de dos horas. Cicerón sacó la impresión de que la guerra civil estaba amenazando inminentemente: «*Pompeium vidi IIII Idus Decembres; fuimus una horas duas fortasse. Magna laetitia mihi visus est affici meo adventu. De re publica autem ita mecum locutus est, quasi non dubium bellum haberemus; nihil ad spem concordiae*» (*Att.* 7, 4, 2). De nuevo se entrevistó con el caudillo del senado el 27 de diciembre en Formia, donde hablaron largo y tendido: «*Quod putasti fore, ut, antequam istuc venirem, Pompeium viderem, factum est ita: nam VI Kal. ad Lavernium me consecutus est; una Formiis venimus, et ab hora octava ad vesperum secreto collocti sumus*» (*Att.* 7, 8, 4). De esta nueva entrevista sacó Cicerón nuevamente la triste persuasión de que nadie, y menos Pompeyo, quería avenirse a un tratado de paz: «*Quod quaeris, ecquae spes pacificationis sit, quantum ex Pompeio multo et accurato sermone perspexi, ne voluntas quidem est*» (*Att.* 7, 8, 4).

El 4 de enero del 49 llega por fin a las proximidades de Roma, pero no entra en la ciudad para poder celebrar el triunfo, cuando el senado lo decretara. El recibimiento fué consolador para el procónsul, pero se dió cuenta de la vorágine que lo absorbía. «*Ego ad urbem accessi pridie Non. Ianuar. Obviam mihi sic est proditum, ut nihil possit fieri ornatius. Sed incidi in ipsam flammam civilis dis-*

---

<sup>1</sup> Este fué su gran acierto como luego reconoció al terminar la batalla de Farsalia. Cfr. PLUT. *Caes.* 46.

cordiae, vel potius belli; cui cum cuperem mederi, et, ut arbitror, possem, cupiditates ceterorum hominum (nam ex utraque parte sunt, qui pugnare cupiant), impedimento mihi fuerunt omnino» (*Fam.* 16, 11, 2, del 12 de enero).

Cicerón, demasiado bueno y sinceramente ingenuo en su amor fervoroso por la patria, no concebía que la pasión y el orgullo personal pudiera sobreponerse al interés común de la patria; pero las cosas eran así desgraciadamente. Ya a fines del año precedente, el 50, Pompeyo había colocado estratégicamente contra César las cohortes de las dos legiones que él le había prestado, para la supuesta guerra contra los Partos. Hecho que al caudillo de las Galias hirió gravemente. «Simul infamia duarum legionum permotus (Caesar), quas ab Asiae Syriaeque ad suam potentiam dominatumque converterat (Pompeius), rem ad arma deduci studebat» (*CAES. B. C.* 1, 4, 5). Cf. *ib.* 1, 8, 4 y *Cic. Att.* 7, 13, a, 2: «Spes omnis in duabus invidiose retentis, paene alienis legionibus».

César por su parte, dejadas las legiones en los campamentos de invierno, pasó a Italia (*B. G.* 8, 54, 4-5), y con la legión XIII que tenía destacada en la Cisalpina, esperó acontecimientos en Rávena.

La ruptura de relaciones era manifiesta. Curión, al terminar su tribunado, fué a unirse rápidamente a César, lo halló en Ravena el 9 de diciembre. El 13 escribía Cicerón a Atico: «Pace opus est. Ex victoria cum multa mala, tum certe tyrannus existet... Nam ego is sum, qui illi concedi putem utilius esse, quod postulat, quam signa conferri. Sero enim resistimus ei, quem per annos decem aluimus contra nos» (*Att.* 7, 5).

Ahora es ya demasiado tarde para oponerse a César. La semilla de la guerra civil se echó en el curso, cuando el senado prorrogó por otros cinco años al proconsulado de César en las Galias. Esta obsesión la tenía tan fija M. Tulio que unas horas después escribía al mismo Atico: «De re publica valde timeo; nec adhuc fere inveni, qui non concedendum putaret Caesari, quod postularet potiusquam depugnandum. Est illa quidem postulatio opinione valentior. Cur autem nunc primum ei resistamus? οὐ γὰρ δὴ τότε μείζον ἐπι καχόν quam cum quinquenium prorrogabamus; aut cum, ut absentis ratio heberetur ferebamus. Nisi forte haec illi tum arma dedimus, ut nunc cum bene parato, pugnaremus. Dices, quid tu igitur sensurus es? non idem, quod dicturus. Sentiam enim omnia facienda, ne armis



decertetur; dicam idem quod Pompeius, neque id faciam humili animo» (*Att.* 7, 6.)

El 23 de diciembre pronunciaba M. Antonio en el senado un fuerte discurso contra Pompeyo. La libertad del cuestor infundió el pánico sobre lo que el procónsul pretendería. El ánimo de la paz no se veía en ninguno. «Habebamus autem in manibus concionem habitam X Kal. Ianuar. in qua erat accusatio Pompeii usque a toga pura, querela de damnatis, terror armorum; in quibus ille, quid censes aiebat facturum esse ipsum, si in possessionem rei publicae venerit, cum haec quaestor ejus, infirmus et inops, auderet dicere? Quid multa? Non modo non expetere pacem istam, sed etiam timere visus est» (*Att.* 7, 9).

El 20 de diciembre, fecha en que escribe Cicerón a Atico (7, 7), sabe el gran patricio que Pompeyo y su plana mayor han determinado enviarlo de jefe a Sicilia; pero él no quiere envolverse en la guerra civil, para quedar con las manos libres y poder servir de conciliador entre ambas partes. Antes que eso, sería capaz de dejar el *imperium* de que se halla investido, entrando en la ciudad. «Tranquillissimus autem animus meus, qui totum istuc aequi boni facit; et eo magis, quod iam a multis audio constitutum esse Pompeio et eius consilio, in Siciliam me mittere, quod imperium habeam. Id est Ἀβδῆρικόν. Nec enim senatus decrevit, nec populus iussit, me imperium in Sicilia habere. Sin hoc res publica ad Pompeium defert; qui me magis, quam privatum aliquem mittat? Itaque, si hoc imperium mihi molestum erit, utar ea porta, quam primam videro». Y a finales del mismo mes, cuando todavía no ha llegado a las proximidades de Roma, expone a Atico sus preocupaciones por la seguridad de la patria, y su visión de gran político. (*Att.* 7, 9). La fuerza de las circunstancias nos ha llevado a un lamentable dilema: o que el senado legalice el *imperium* de César, el proconsulado de las Galias con el mando del ejército, o bien que éste entregue la provincia y el *imperium*, para que sea nombrado cónsul. Los dos extremos son peligrosos; pero, si hemos de evitar la guerra, no será de otro modo: «quod horum malorum, quorum aliquod certe subeundum est, minimum putes. Dices profecto, persuaderi illi, ut tradat exercitum, et ita consul fiat. Est omnino id eiusmodi, ut, si ille eo desdendat, contra dici nihil possit; idque eum, si non obtinet, ut ratio habeatur retinentis exercitum, non facere miror».

Pero César, que iba determinadamente al principado, pretendía

ambas cosas, ser nombrado cónsul, reteniendo el ejército. «De reliquis quid est deterrimum? Concedere illi, quod, ut idem dicit, impudentissime postulat. Nam quid impudentius? Tenuisti provinciam per decem annos, non tibi a senatu, sed a te ipso per vim, et per factionem datos» (Cf. PLUT. *Caes.* 29).

La situación se agría todavía más, cuando el día primero de enero del 49, proponen los nuevos cónsules Léntulo y Metelo a la deliberación del senado la situación de la república. (*B. C.* 1, 1, 2). Se expone en la sesión el mensaje que en nombre de César había traído Curión, pero los cónsules no lo proponen siquiera a votación, aunque se lee en el senado. (*B. C.* 1, 1, 1; PLUT. *Caes.* 29). Curión lee su mensaje al pueblo en nombre de César, y fué tan aplaudido que algunos hasta arrojaron coronas sobre él, como se derraman flores sobre un atleta. PLUT. *Caes.* 30).

Cicerón vió en la carta de César un verdadero *ultimatum*: «Et ipse Caesar, amicus noster, minaces ad senatum et acerbas litteras miserat. Et erat adhuc impudens, qui exercitum, et provinciam, invito senatu, teneret et Curio meus illum incitabat» escribe a Atico el 12 de enero. (*Att.* 16, 12, 2). La sesión fué muy dura, y hubo dos corrientes extremas: la representada por Casio y Antonio que quería conceder a César cuanto pedía, y la de Escipión, suegro de Pompeyo, que solicitaba el que César fuera declarado enemigo de la patria, si antes de un día determinado, no dejaba la provincia y el ejército. Surgió pronto la sentencia conciliadora, sostenida por M. Marcelo e inspirada seguramente por Cicerón, que indicaban mantener silencio sobre el asunto hasta que el senado tuviera su ejército independiente de ambos cabecillas y pudiera determinarse con libertad a cualquiera de los dos partidos; y por M. Calidio y M. Rufo que pedían a Pompeyo se retirara él también a su provincia. Los cónsules, al fin, propusieron a votación esta sentencia moderada: «si les parecía que Pompeyo depusiera las armas y las depusiera César. Aquella parte tuvo pocos votos, y ésta todos, a excepción de unos pocos» (PLUT. *Caes.* 30). Insistió Antonio en que ambos dimitieran todo mando y el senado accede unánimemente. Interviene de nuevo el cónsul Léntulo, insta Escipión, ponen el veto los tribunos de la plebe Antonio y Casio, queda la solución en el aire. (Cfr. PLUTARC. *Caes.* 30; *B. C.* 1, 2).

En esto llegó una nueva proposición de César, indicaba que dejaría todo, si el senado le concedía la Galia Cisalpina y el Ilírico

con dos legiones, hasta pedir el segundo consulado. Cicerón que trataba de unir a unos y a otros. para evitar un mal mayor, ablandó a Pompeyo, hasta el punto de convenir en todo, menos en la concesión de las dos legiones. Interviene Cicerón ante César y consigue de él la aceptación del gobierno de las dos provincias indicadas, con solos seis mil soldados. Pompeyo acepta. Cicerón ha conjurado el peligro y ha deshecho la guerra inminente. Unos días más tarde, el 29 de enero, resumía así sus gestiones por la paz: «equidem, ut veni ad urbem, non destiti omnia et sentire et dicere et facere, quae ad concordiam pertinerent» (*Fam.* 16, 12, 2).

Pero Escipión se exaspera, el cónsul Léntulo se interpone, Catón vocífera (*PLUT. Pompei.* 59), y se procede precipitadamente a la votación de declarar a César enemigo de la patria. Intentan los tribunos Antonio y Casio interponer el veto, pero el cónsul los arroja del senado (*B. C.*, 1, 2, 8; *PLUTARC. Caes.*, 31) o bien, según la interpretación más benigna de Cicerón, no habida consideración del veto, ellos enojados, se marchan del senado como expulsados, una vez que la asamblea declara el estado de sitio (*B. C.*, 1, 5, 3), y se dirigen a César (*Fam.* a Tirón, 16, 11, del 12 de enero).

Era el 7 de enero. La acción conciliadora de M. Tulio quedó desgraciadamente sin efecto, quizás porque no podía intervenir personalmente en el senado (*B. C.*, 1, 5, 4).

El enemigo de la patria era terrible, el senado sin legiones, había que hacer levas y ordenar el cuadro de mando. Se distribuyen las provincias de Italia en regiones militares y se nombran los comandantes respectivos. A Cicerón correspondió la Campania. Pero su proceder fué el de un completo neutral, para poder, tarde o temprano, hacer valer su autoridad pacificadora. «Nos agimus nihil cupide, eoque est nostra pluris auctoritas. Italiae regiones descriptae sunt, quam quisque partem tueretur. Nos Capuam sumpsimus» (*Fam.* 16, 11, 3).

De esta resolución violenta y precipitada quedó Cicerón perturbado para mucho tiempo, pues no pudo nunca persuadirse de que asuntos de tanta monta pudieran resolverse de una forma tumultuosa y apasionada. «De reliquo, neque hercule, quid agam, nec, quid acturus sim, scio: ita sum perturbatus temeritate nostri amentissimi consilii» escribía a Atico el 19 de enero. (*Att.* 7, 10). La angustiosa situación del gran patricio empieza ya a atormentarle tan hondamente, que quebrantará su robustez física. Se veía ante cuatro tris-

tes realidades: 1) César era un rebelde que trataba de usurpar el poder. 2) El senado representaba la autoridad legítima constituida por el pueblo. 3) Pero el poder de César era formidable y le llevaría ciertamente a la victoria (*Fam.* 15, 11, 3). 4). Por el contrario, Pompeyo, que se había constituido caudillo de la patria, procedía con timidez e irresolución.

Ante estas perspectivas ¿cuál fué la postura de M. Tulio? La única que podía adoptar un gran patricio: 1.º) Permanecer fuera del conflicto, para conseguir la paz a todo trance. 2.º) Cuando la esperanza de la paz se hubiera perdido enteramente, ir a morir donde fuera preciso en el campo de la lealtad. Desde estos puntos de vista hay que seguir a Cicerón, para enjuiciar objetivamente su conducta.

## 2.—La guerra se desencadena.

A la resolución del senado César, que «esperaba la respuesta a sus humildes (!) exigencias en Ravena» (*B. C.* 1, 5, 5), arenga a los soldados de la legión XIII, única que tenía consigo (*B. C.* 1, 7), propone nuevas condiciones de paz «que él dejaría el *imperium* durante un semestre, y se retiraría a la ciudad hasta que fuera elegido cónsul (*B. C.* 1, 9, 2), que licenciaran ambos sus ejércitos (*B. C.* 1, 9, 3), que Pompeyo marche a sus provincias (*B. C.* 1, 9, 5) y que el senado no continúe las levas de soldados que estaba haciendo, para que el pueblo celebre los comicios con toda libertad (*B. C.* 1, 9, 5).

Estas proposiciones las hizo por medio de Roscio y de L. César. Los comisionados se entrevistaron con los cónsules y con Pompeyo en Capua (*B. C.* 1, 10, 1; *Att.* 7, 14). Pero entre tanto pasa el límite de su provincia, marcado por el Rubicón y ocupa Arimino. *Alea iacta est.* (PLUT. *Caes.* 32; id. *Pompei.* 60). También reclama la cooperación pacificadora de Cicerón. «Ipse me Caesar ad pacem hortatur; sed antiquiores litterae, quam ruere coepit» (*Att.* 7, 21, 3).

Los cónsules reúnen en Capua un gran número de senadores, entre ellos Cicerón (*Att.* 7, 14, 7, 15). Proponen la discusión sobre las condiciones de César y se aprueban con tal que sacara sus soldados de Italia. «Probata conditio est, sed ita, ut ille de his oppidis, quae extra suam provinciam occupavisset, praesidia deduceret. Id si fecisset, responsum est, ad urbem nos redituros esse, et rem per senatum confecturos. Spero in praesentia pacem nos habere» (*Att.* 7, 14). En esta junta Cicerón batalló formidablemente por persuadir a sus colegas de senado la necesidad de la paz. Será éste quizás el



momento de mayor actividad pacifista del gran patricio. «Equidem pacem hortari non desino: quae vel iniusta utilior est, quam iustissimum bellum. Sed haec ut fors tulerit» (*Att.* 7, 14, del 27 de enero). «Equidem ut veni ad urbem, non destiti omnia et sentire, et dicere, et facere, quae ad concordiam pertinerent: sed mirus invaserat furor non solum improbis, sed etiam his, qui boni habentur, ut pugnare cuperent, me clamante, nihil esse bello civili miserius» (*Fam.* 16, 12, 2, del 29 de enero. Este esfuerzo de Cicerón lo consigna también Veleyo, 2, 48, 5: «Unice cavente Cicerone concordiae publicae», y Plutarco en *Cic.* 37. En estos momentos tiene convencidos a todos los del partido senatorial pompeyano, aun a aquellos que antes se le oponían. (Cfr. *Fam.* 6, 6, 9). A todos menos uno. «Omnes cupiebant Caesarem, abductis praesidiis, stare conditionibus his, quas tulisset. Uni Favonio leges ab illo nobis imponi non placebat; sed is haud auditus in consilio. Cato enim ipse iam servire, quam pugnare, mavult» (*Att.* 7, 15, del 28 de enero). Hasta el mismo Catón, el indomable, estaba convencido por las palabras de Cicerón en favor de la paz. Es natural que en esta junta se hablara de las posibles reacciones de César. Cicerón creía sencillamente en su buena voluntad «In disputationibus nostris summa varietas est. Plerique negant, Caesarem in conditione mansurum; postulataque ab eo interposita esse, quo minus, quod opus esset ad bellum, a nobis pararetur. Ego autem eum puto facturum, ut praesidia deducat. Vicerit enim, si consul factus erit, et minore scelere vicerit, quam quo ingressus est. Sed accipienda plaga est» (*Att.* 7, 15). Y por su parte le escribe desde Capua una carta instándole a la aceptación de tan ventajosas condiciones. «Ego ad Caesarem unas Capua litteras dedi, quibus ad ea rescripsi..., sed etiam cum maxima laude Pompeii, id enim illa sententia postulabat, qua illum ad concordiam hortabar» (*Att.* 8, 2, 1, del 17 febrero). «Id ille si fecerit, spes est pacis non honestae. Leges enim imponuntur. Sed quidvis est melius, quam sic esse ut sumus» (*Fam.* 16, 12, 4).

Pero César no se avino tampoco. En realidad pensaban bien los que, dudando de su buena voluntad, creían que lo que él buscaba con sus frecuentes legaciones de paz era ganar el tiempo que les quitaba a sus contrarios. El, por su parte, lo cuenta así en el Comentario de la Guerra Civil: «Le respondieron por escrito, sirviéndose de los mismos mensajeros. En substancia le decían los siguiente: que se volviera César a la Galia, saliera de Arimino y licenciase el

ejército, que si esto hacía, Pompeyo iría inmediatamente a España. Que mientras él no diera su palabra de honor de cumplir lo que prometía, los cónsules y Pompeyo no podían dejar el alistamiento de tropas» (*B. C.* 1, 10, 2-4), y prosigue: «Era inicua la condición de que César saliera de Arimino y retornará a su provincia» (*B. C.* 1, 11, 1). «En vista de esto envió desde Arimino a M. Antonio hacia Arretio con 5 cohortes ...ocupa Pisauro, Fano y Ancona» (*B. C.* 1, 11, 4). Pero la realidad era que esto y más lo había hecho sin esperar respuesta alguna, mientras sus mensajeros iban y volvían, y los contrarios se adormecían más o menos esperando una transacción pacífica.

Volvió César a la estratagema de los mensajes de paz, pero para legitimar únicamente su actuación. No sabiendo ya seguramente qué pedir, exige que sea el senado quien cumpla primero las condiciones que a él le propone. «Feruntur omnino conditiones ab illo, ut Pompeius eat in Hispaniam; dilectus, qui sunt habiti, et praesidia nostra dimittantur; se ulteriorem Galliam Domitio, citeriorem Considio Noniano (his enim obtigerunt) traditurum...» (*Fam.* 16, 12, 3).

La aquiescencia del senado y de Pompeyo es más explícita en la carta que escribió a Atico el 2 de febrero: «Perspici tamen ex litteris Pompeii potest, nihil Caesari negari, omnique et cumulate, quae postulet, dari, quae ille amentissimus fuerit nisi acceperit, praesertim cum impudentissime postulaverit. Quis enim tu es qui dicas: si in Hispaniam profectus erit, si praesidia dimiserit? Tamen conceditur» (*Att.* 7, 17).

Fué tomando una a una las ciudades costeras del Adriático, llegando hasta Brindis, donde se había retirado Pompeyo, con el ánimo de cortarle el paso al otro lado del mar. En 60 días se apoderó de toda Italia. Cicerón con todo no ha perdido la esperanza de conseguir la paz. César se había levantado locamente contra la patria (*Fam.* 16, 12, 2), pero Cicerón quiere permanecer neutral para conseguir su propósito: «Nullum maius negotium suscipere volui, quo plus apud illum meae litterae, cohortationesque ad pacem valerent» (*Fam.* 16, 12, 5).

A finales de enero recibe una carta de Trebacio y otra de Celio en nombre de César, quien le ruega que no se retire de Roma. El permaneció en sus fincas de la Campania esperando la oportunidad de intervenir en su acción conciliadora. Con el mismo correo le respondió que él no se movería de sus fincas «dum spes pacis erit»

(*Att.* 7, 17). El 3 de Febrero comunica Cicerón a Atico otra nueva legación de César por medio de L. César (*Att.* 7, 18), y de nuevo recobra la esperanza de la paz. (*Att.* 7, 19); pero pronto se desvanece, porque juntamente con la noticia de la legación, oye los rumores de que César está acelerando la guerra: «tamen aiunt acerrime delectum habere, loca occupare, vincire praesidiis. O perditum latronem» (*Att.* 7, 18). Dos días más tarde, el 5 de febrero, escribe aquellas descorazonadoras palabras: «pacem enim desperavi» (*Att.* 7, 20).

Ahora empieza el calvario de Cicerón. En su alma se debate otra guerra íntima y desoladora. César le ruega que se quede; Pompeyo hace saber que cuantos no le sigan en su retirada, serán tratados como enemigos públicos, y escribe personalmente en varias ocasiones a M. Tulio. «Me autem uterque numerat suum...; utriusque autem accepi eiusmodi litteras eodem tempore, quo tuas, ut neuter quemquam omnium pluris facere quam me videretur» (*Att.* 7, 1, 3). Tan grande era el prestigio político y civil de Cicerón que los caudillos creían justificar su causa con la presencia del gran patriota. (CIACERI *Cicerone ei sui tempi*, II, p. 237-238).

La diversa actuación de los jefes le tienen perplejo. La triste situación del partido de Pompeyo la describe así el 8 de febrero: «Boni autem hic quod exspectes nihil est... Haec, Capuae dum fui, cognovi, nihil in consulibus, nullum usquam delectum. Nec enim conquisitores φαινοπροσωπεῖν audent, cum ille adsit; contra noster dux nusquam sit, nihil agat, nec nomina dant. Deficit enim non voluntas, sed spes. Gnaeus autem noster (e rem miseram et incredibilem!) ut totus iacet! Non animus est, non consilium, non copiae, non diligentia. Mittam illam fugam ab urbe turpissimam, timidissimas in oppidis conciones, ignorationem non solum adversarii, sed etiam suarum copiarum. Hoc huiusmodi est? (*Att.* 7, 21.); Cf. *Att.* 8, 3; 8, 7). «Ego quid agam σχέμμα magnum» (*Att.* 7, 21).

El se propone como objetivo la honestidad. «Sed tamen quod me deceat» (*Att.* 7, 21). «Magna me ἀπορία torquet. Iuva me consilio si potes, et tamen ista quantum potes provide» (*Att.* 7, 21). Y al día siguiente, 8 de febrero: «Ego quid agam? Qua autem terra aut mari persequar eum, quem ubi sit, nescio? Etsi terra quidem qui possum? Mari quo? Tradam igitur isti me? Fac posse tuto; multi enim hortantur. Num etiam honeste? Nullo modo» (*Att.* 7, 22), «Ipse me Caesar ad pacem hortatur. Sed antiquiores litterae, quam

ruere coepit» (*Att.* 7, 21). La huída general de los pompeyanos la describe en las cartas a Atico 7,23 y 7,24.

La prudencia del buen amigo Atico le confirma en sus propósitos de permanecer neutral, para influir más eficazmente en el ánimo de los combatientes. «Quod me amicissime admones, ut me integrum, quoad possim, servem, gratum est. Quod addis, me propensior ad turpem causam videar, certe videri possum. Ego me ducem in civili bello, quoad de pace ageretur, negavi esse, non quia rectum esset, sed quia, quod multo rectius fuit, id mihi fraudem tulit». (*Att.* 7, 26). Pronto se convenció de que en la parte de Pompeyo no se quería ni oír hablar de paz: «in qua neque pacis, neque victoriae ratio quaesita sit unquam sed semper flagitiosae et calamitosae fugae» (*Att.* 8, 1). «Conditionem pacis nullam probarat, nihil ad bellum pararat, urbem reliquerat» (*Att.* 8, 8, del 23 de febrero). Pero no cejó de insistir ante César: «illum ad concordiam hortabar» (*Att.* 8, 2, 16 de febrero). Su ilusión era salvar a la patria del abismo en que se lanzaba siendo siempre el príncipe de la paz: «si de pace ageretur, praefectus» (*Att.* 8, 2). El 20 de febrero tenía Cicerón preparada una nave en Gaeta para aprovechar cualquier oportunidad de incorporarse a las fuerzas de Pompeyo, si llegaba a convencerse de que su obligación era luchar contra César (*Att.* 8, 3; 8, 4; 8, 11, B). Esta medida de prudencia sería una garantía para poder cooperar más eficazmente por la paz.

César divulgó entre el pueblo una carta de Cicerón en que le exhortaba instantemente a la paz. Cuando M. Tulio se enteró del caso por mediación de Atico, le responde a éste entusiasmado el 25 de febrero: «Epistolam meam quod pervulgatam scribis esse, non fero moleste. Quin etiam ipse multis dedi describendam. Ea enim et acciderunt iam et impendent, ut testatum esse velim, de pace quid senserim. (*Att.* 8, 9).

El mismo día en que Cicerón escribía las anteriores líneas a Atico, recibió la visita de Balbo, portador de un nuevo mensaje de paz por parte de César para los cónsules. El orador duda de la aceptación del cónsul «cui persuaderi posse non arbitror» (*Att.* 8, 9; 25 de febrero).

Y el 27 descubre a Atico la verdadera causa de la guerra civil, que no era otra más que la ambición desmedida y el ansia de poder de César y de Pompeyo, sin preocuparse lo más mínimo del bien de la patria. «Dominatio quaesita ab utroque est: non id actum,



beata et honesta civitas ut esset. Nec vero ille urbem reliquit, quod eam tueri non posset; nec Italiam, quod ea pelleretur; sed hoc a primo cogitavit, omnes terras, omnia maria movere, reges barbaros incitare, gentes feras armatas in Italiam adducere, exercitus conficere maximos. Genus illud Sullani regni iampridem appetitur, multis, qui una sunt, cupientibus. An censes, nihil inter eos convenire? Nullam pactionem fieri potuisse? Hodie potest. Sed neutri σκοπός est ille, ut nos beati simus; uterque regnare vult» *Att.* 8, 11).

Pompeyo reconoce las graves preocupaciones de Cicerón por la paz, pero le invita a seguirle. (*Att.* 8, 11, C). Hasta aquel momento Cicerón había abrigado la esperanza de que podrían mantenerse los pompeyanos en Italia, e interceder él por la paz. «Eram in spe magna, fore, ut in Italia possemus aut concordiam constituere, qui mihi nihil utilius videbatur, aut rem publicam summa cum dignitate defendere» (*Att.* 8, 11, D). Y expone a Pompeyo sus deseos por la paz: «Mea quae semper fuerit sententia, primum de pace vel iniqua conditione retinenda, deinde de urbe... meminisse te arbitrator... Primum enim prae me tuli, me nihil malle, quam pacem, non quin eadem timerem quam illi; sed ea bello civili leviora ducebam» (*Att.* 8, 11, D). Pero Cicerón está convencido de que Pompeyo ahora no se avendría a ninguna condición. (*Att.* 8, 15; del 3 de marzo).

Por estas mismas fechas recibía Cicerón una carta de Balbo que le rogaba intercediera por la paz: «Obsecro te, Cicero, suscipe curam et cogitationem dignissimam tuae virtutis, ut Caesarem et Pompeium, perfidia hominum distractos, rursus in pristinam concordiam reducas... Quod si voluerit (Lentulus) tibi optemperare, et nobis de Caesare credere, et consulatum reliquum Romae peragere, incipiam sperare, etiam consilio senatus, auctore te, illo relatore, Pompeium et Caesarem coniungi posse, quod si factum erit, me satis vixisse putabo». (*Att.* 8, 15).

La guerra llevaba un curso precipitado. César se distinguió en sus campañas por la celeridad. Su actuación mueve a no pocos senadores que se vuelven a Roma o se entregan al capitán vencedor. «Optimatibus vero tuis nihil confido, nihil iam nec inservio quidem. Video ut se huic dent, ut daturi sint» (*Att.* 9, 5; del 11 de marzo). El 12 de marzo recibe Cicerón la noticia de la toma de Brindis por César y la huída de Pompeyo allende el mar.

El gran patriota se lamenta de haber sido víctima de dos esperanzas: de la posibilidad de una concordia, y en caso negativo, de una acción enérgica del genio militar de Pompeyo. «Me adhuc duo fefellerunt, initio spes compositionis, qua facta volebam uti populari vita, sollicitudine senectutem nostram liberari; deinde bellum crudele, et exitiosum suscipi a Pompeio intelligeban. Melioris mediusfidius civis, et viri putabam, quodvis supplicio affici, quam illi crudelitati non solum praeesse, verum etiam interesse» (*Att.* 9, 6). Pero nada resultó, no tanto por la mala voluntad de Pompeyo, cuanto por las pasiones de los consejeros. «Victa est auctoritas mea, non tam a Pompeio, nam is movebatur, quam ab iis qui, duce Pompeio freti peroportunam et rebus domesticis et cupiditatibus suis illius belli victoriam fore putabant» (*Att.* 6, 6, 6).

Ya todo aparece negro ante los ojos de Cicerón, pero no obstante tiene la esperanza de que César ha de oírle en sus amonestaciones por la paz. «Ego enim non iam id ago, mihi crede, ut prosperos exitus consequar, sic enim video, nec duobus his vivis, nec hoc uno, nos unquam rem publicam habituros... Sin mihi Caesar hoc non concedat, video tibi placere illud, me *πολίτευμα* de pace suscipere, in quo non existimesco periculum. Cum enim tot impendeant, cur non honestissimo depacisci velim?» (*Att.* 9, 7; 13 de marzo). Por estas fechas precisamente recibió Cicerón cartas de Opio y de Balbo, amigos de César, y otra del mismo caudillo dirigida a Opio y que éste tuvo la delicadeza de enviar a M. Tulio. Por todas ellas se advierte en los cesarianos una voluntad manifiesta de entrar en nuevas negociaciones de paz por mediación de M. Tulio. Le dice Balbo: «Postea quam litteras communes cum Oppio ad te dedi, ab Caesare epistulam accepi, cuius exemplum tibi misi, ex quibus perspicere poteris, quam cupiat concordiam et Pompeium reconciliare, et quam remotus sit ab omni crudelitate...». Y en la de César: «Mea sponte facere constitueram, ut quam lenissimum me praeberem, et Pompeium, darem operam ut reconciliarem» (*Att.* 9, 7). Pero la intervención de M. Tulio se hace ineficaz por la huída del ejército pompeyano: «Discessu enim illorum actio de pace sublata est, quam quidem ego meditabar...» (*Att.* 9, 9; 16 de marzo). Hasta este momento no había perdido todos los resquicios de la esperanza: «Ut aegroto, dum anima est, spes esse dicitur; sic ego, quoad Pompeius in Italia fuit, sperare non destiti» (*Att.* 9, 10; 19 de marzo).

El día 20 interviene de nuevo Cicerón ante César. «Spe tamen

deducebar ad eam cogitationem, ut te pro tua admirabili et singulari sapientia de otio, de pace, de concordia civium agi velle arbitrabar, et ad eam rationem existimabam satis aptam esse et naturam et personam meam (*Att.* 9, 11).

La esperanza renace cuando el día 24 se entera de que Pompeyo había enviado a M. Magio como legado a tratar de la paz con César; dero decae otra vez cuando sabe que César no da treguas a su ataque y que no toma en consideración las nuevas proposiciones. «Pompeius M. Magium de pace misit et tamen oppugnatur». Y César a Oppio: «(Pompeius) misit ad me M. Magium de pace. Quae visa sunt respondi. Hoc vos scire volui. Cum in spem venero, de compositione aliquid me conficere posse statim vos certiores faciam». Y Balbo a Cicerón: «Quomodo me nunc putas, mi Cicero, torqueri, postquam rursus in spem pacis veni, ne qua res eorum compositionem impediat?» (*Att.* 9, 12, extr.)

Pero Cicerón sabe que todo el trasiego de legados no es más que un trampantojo para el bien parecer. Para poder argüir contra el adversario su mala voluntad ante las proposiciones de concordia. «Spem aute pacis habeo nullam. Dolabella suis litteris, idibus Mart. datis, merum bellum loquitur». (*Att.* 9, 12, extra; 12 de marzo). «Ubi est illa pax, de qua Balbus scripserat torqueri se?» (*Att.* 9, 14, 25 de marzo).

Voces amigas denuncian a César que Cicerón está meditando en la fuga tras los ejércitos de Pompeyo. César lo temía y escribe al orador una carta para que vaya tranquilo a Roma: «Tu velim mihi ad urbem praesto sis, ut tuis consiliis, atque opibus, ut consuevi, in omnibus rebus utar» (*Att.* 9, 16; 26 de marzo). Además encarga a Celio, buen amigo de Cicerón, que le recomiende que no salga de Italia. (*Att.* 8, 16, 4) Cf. *Att.* 10, 8, B).

El 28 de marzo seguramente César, de paso para Roma, visita a Cicerón en Formia para rogarle la asistencia a la sesión del senado que tenía intención de celebrar antes de partir para España. «Tardiores fore reliquos, si nos non veniremus, dicere» (*Att.* 9, 18). Cicerón le indica que no desea asistir porque teme no poder exponer con libertad sus sentimientos sobre la situación del momento. Con vivacidad extraordinaria cuenta a Atico el 29 la entrevista:

—Cum multa, veni, igitur, et age de pace. —Meone, inquam, arbitrato? —An tibi, inquit, ego praescribam? —Sic, inquam, agam,

senatui non placere in Hispanias iri, nec exercitus in Graeciam transportari; multaque, inquam, de Gnaeo deplorabo. Tum ille: —Ego vero ista dici nolo. —Ita putabam, inquam, sed ego nolo adesse, quod aut sic mihi dicendum est, multaque quae nullo modo possem silere, si adessem, aut non veniendum. Summa fuit, ut ille quasi exitum quaerens ut deliberarem. Non fuit negandum. Ita discessimus» (*Att.* 8, 18, Cf. *Att.* 9, 19).

Atico le recomienda que asista al congreso de César si va a tratarse de la paz, ya que «pacis fides nulla est» (*Att.* 9, 18), puesto que el rebelde ya no busca otra cosa que aniquilar a Pompeyo. La respuesta de Cicerón está en Laterio el 3 de abril: «Quod scribis, non quo alicunde audieris, sed te ipsum putare, me attractum iri, si de pace agatur, mihi omnino non venit in mentem, quae possit actio esse de pace, cum illi certissimum sit, si possit, exspoliari exercitu et provincia Pompeium, nisi forte iste nummarius ei potest persuadere, ut, dum oratores eant et redeant, quiescat... Quare, si quid eiusmodi evenerit, ut arcessamur (quod quidem non curo, quid enim essem de pace dicturus, dixi ipse valde repudiavit... De pace idem sentio quod tu: simulationem esse apertam, parari autem bellum acerrime» (*Att.* 10, 1).

A César no gustó la negativa de Cicerón, pero le perdonó. (*Att.* 10, 3 extra). Se da cuenta de que si hubiera llegado antes a Roma hubiera podido impedir muchos males con sus proposiciones de paz, que, una vez encendidos los ánimos con la chispa de Marte, no podía apagarlos con las tardías proposiciones de concordia. (Cf. *Fam.* 4, 2, del 13 de abril, a Servio Sulpicio).

A partir del 13 de abril, fecha en que escribe la 8, 16 a Atico, la guerra busca otro escenario. César ha partido para España; en el campo pompeyano se asegura que el Grande va a hacerle frente en esta provincia. (*Att.* 10, 6, del 22 de abril). Pero la esperanza es vana. Afranio y Petreyo tendrán que vérselas solos con César en España, como antes Domicio en Corfinio (*B. C.* 1, 20); Léntulo Espinter en Asculo Piceno (*B. C.* 1, 15, 3; Termo en Igbio (*B. C.* 1, 12, 1-2); Acio Varo en Auximo (*B. C.* 1, 12, 3); Lucio Lucrecio en Sulmón (*B. C.* 1, 18, 1-4).

Hacia finales de abril escribe Cicerón a Servio Sulpicio, declarando una vez más que la salvación de la patria estaba únicamente en la paz. «Quod existimas, meam causam coniunctam esse cum



tua, certe similis in utroque nostrum, cum optime sentiremus, error fuit. Nam omnis utriusque nostrum consilia ad concordiam spectaverunt, qua cum ipsi Caesari nihil esset utilius, gratiam quoque nos inire ab eo, defendenda pace arbitrabamur.» (*Fam.* 4, 2, 3). Por lo cual, abundando en los mismos sentimientos de despego de ambas partes, piensa en marcharse a la isla de Malta o a algún lugar retirado, donde por ningún motivo puedan implicarle en la guerra. (*Att.* 10, 7. del 27 de abril; *Fam.* 2, 16, 6, del 28 del mismo mes). En esta última carta, dirigida a Celio, persona influyente y próxima a César, declara una vez más su aversión a la guerra civil. «Credas hoc mihi velim, quod puto te existimare, me ex his miseriis, nihil aliud quaerere, nisi ut homines aliquando intelligant, me nihil maluisse, quam pacem, ea desperata, nihil tam fugisse, quam arma civilia». (*Fam.* 2, 16, 3).

El 2 de mayo confía de nuevo sus dudas a Atico. Su familia le ruega que no salga de Italia hasta ver el resultado de la campaña en España. Tanto si vence César, como si es vencido, él vaticina tristes efectos. Su buena fe le engañó. «Fefellit ea me res, quae fortasse non debuit sed fefellit, pacem putavi fore, quae si esset, iratum mihi Caesarem esse, cum idem amicus esset Pompeio, nolui. Senseram enim, quam idem essent. Hoc verens in hanc tarditatem incidi». (*Att.* 10, 8). Por otra parte, ha recibido cartas de M. Antonio y del mismo César para que permanezca en Italia, alejado de la contienda civil: «neque tutius, neque honestius—le dice César—reperies quidquam, quam ab omni contentione abesse». (*Att.* 10, 8).

Recibe luego otra carta de M. Antonio en la que le avisa que César le ha ordenado no permita salir a nadie de Italia. Quizá la orden fuera dada, si no *nominatim* para Cicerón, por lo menos, pensando únicamente en él; pero Cicerón no está tranquilo bajo el poder de Antonio y quiere esconderse. (*Att.* 10, 10, del 3 de mayo).

El 5 de mayo conoce Cicerón por boca de Antonio, que la disposición de César ha sido dada por él «*nominatim de me sibi impetratum dicit Antonius*». (*Att.* 10, 12)) y piensa marchar a Sicilia donde está el cesariano Curión (*Att.* 10, 10, 10, 12). Cicerón prepara la nave el 10 de mayo y, para disimular, se traslada a Pompeya (*Att.* 19, 15), desde donde el 14 comunica a Atico la pérdida de Sicilia por el Pompeyano Catón. Estando en su villa de Pompeya,

una legación de la ciudad llega hasta él. Quieren entregarle la plaza con su guarnición de tres cohortes, para que la conserve fiel a Pompeyo. Pero ¿qué iba a hacer él con tres cohortes cuando toda Italia estaba dominada por las legiones de César, varias de las cuales estaban invernando en el sur de Italia? Con ello Cicerón logró disimular sus propósitos de salir de la península. (*Att.* 10, 16).

### 3.—Cicerón en el campamento de Pompeyo.

El 20 de mayo escribe a Atico: «Posthac non scribam ad te, quid facturum sim, sed quid fecerim» (*Att.* 10, 18). Marcha ocultamente a Formia, y desde el puerto, antes de desanclar, escribe el día 7 de junio a Terencia un billete de despedida (*Fam.* 14, 7). «Sic ego prudens et sciens ad pestem ante oculos positam sum profectus» (*Fam.* 6. 6. 6). A partir de esta fecha el epistolario, casi diario, de Cicerón se interrumpe por espacio de medio año.

En el mes de enero o febrero Celio da cuenta de una carta que le escribió Cicerón desde el campamento de Pompeyo, con nuevas recomendaciones de la paz para con César: «dum mihi pacis mandata das ad Caesarem» (*Fam.* 8, 17, 1).

Su llegada al campamento de Pompeyo causó una gran alegría a todos los dirigentes. Solamente Catón le echó en cara el que, sin motivo alguno, se hubiera empeñado en ser enemigo de César y hubiera venido a meterse en tan grave peligro. (PLUTAR. *Cic.* 38). La decepción más desilusionadora se apoderó de su alma. Advirtió enseguida que ni el número de las tropas, ni su espíritu, ni su adiestramiento era tal, que pudieran enfrentarse ventajosamente con las de César. Muy pronto se dió cuenta que la solución más ventajosa para los pompeyanos era una paz honrosa y así se la propuso a Pompeyo. «Quid quaeris? Nihil boni praeter causam. Quae cum vidissem, desperans victoriam, primum coepi suadere pacem, cuius fueram semper auctor, deinde, cum ab sententia Pompeius valde abhorreret, suadere institui, ut bellum duceret» (*Fam.* 7, 3, 2: Cf. *Att.* 11, 5).

Por los meses de mayo o de junio del 48 le escribe su yerno Dolabela, para que recapacite en el peligro en que se halla el ejército de Pompeyo y tome la saludable resolución de retirarse a Atenas o a alguna otra ciudad alejada del peligro de la guerra. Si así lo hace, César no tomará en cuenta el día de la victoria definitiva la

decisión que tomó al pasarse al campo de Pompeyo. (*Fam.* 9, 9). Cicerón por su parte en los campamentos de Pompeyo no vió satisfechos sus deseos de cooperar a una obra saludable a la patria. No le satisfacían los planes y por ello no quiso tomar cargo alguno de responsabilidad. Todo ello causó en su ánimo una depresión tan enorme que su salud vino a quebrantarse profundamente (*Att.* 11, 4, del 15 de julio).

Cicerón aconsejaba a Pompeyo que dilatara el tiempo de la batalla definitiva; pero animado por unos combates parciales en que sus tropas salieron victoriosas, presentó batalla total en Farsalia el 8 de agosto del 48 a. C., y salió miserablemente derrotado. «Suadere institui ut bellum duceret. Hoc interdum probabat, et in ea sententia videbatur fore, et fuisset fortasse, nisi quadam ex pugna coepisset suis militibus confidere. Ex eo tempore vir ille summus, nullus imperator fuit. Signa tirone et collectitio exercitu cum legionibus robustissimis contulit. Victus turpissime, amissis etiam castris, solus fugit. Hunc ego mihi finem feci, nec putavi, cum integri pares non fuisset, fractos superiores fore» (*Fam.* 7, 3, 2-3), Pero como luego escribirá: «Mortem mihi cur consciscerem, causa nulla visa est; cur optarem, multae causae» (*Fam.* 7, 3, 4).

#### 4.—Después de la Batalla de Farsalia.

«Dada la batalla de Farsalia, en la que no se halló Cicerón por estar enfermo (*Fam.* 9, 18, 2), y habiendo huído Pompeyo, Catón que había reunido en Dirraquio bastantes fuerzas de tierra, y una grande armada, propuso que tomara el mando Cicerón, porque le correspondía por la ley, al estar adornado de la dignidad proconsular; pero repugnándolo éste, y huyendo enteramente de continuar la guerra, estuvo en muy poco que no se le quitara la vida, llamándolo traidor Pompeyo el joven y sus amigos, y desenvainando resueltos las espadas, a no ser porque Catón se puso de por medio y le sacó del campamento (PLUT, *Cic.* 39, Cf. *Cato Min.* 55, 2; *Pro Deiot.* 10, 29).

El 4 de noviembre del 48 escribía a Terencia desde Brindis a donde había pasado, esperando la llegada de César. Allí recibió la noticia de la muerte de Pompeyo, que no le sorprendió, porque estaba convencido de que tal había de ser la suerte del Grande, desde el momento en que los reyes aliados del Oriente se persuadieron

de que no era capaz de obtener la victoria. (*Att.* 11, 6; del 28 de noviembre). Su amigo Atico le aconseja que se vaya aproximando a la ciudad, aunque sea de noche, pero Cicerón ve en ello grandes peligros y determina esperar a César en Brindis (*Att.* 11, 5; *Fam.* 14, 19).

Ni se acabaron con esto las preocupaciones de Cicerón en su retiro de Brindis. M. Antonio le amargó la existencia con una carta en que le comunicaba haber recibido órdenes de César de no permitir la entrada y la estancia en Italia sino de aquéllos que él le dijera. De Cicerón no le había dicho nada... Pero éste había recibido la referida autorización por medio de Dolabela y envió al «magister equitum» a Lamia, para hacerle saber la decisión del Dictador. (*Att.* 11, 7, del 19 de Dbre.). Por otra parte le censuraban la decisión de retirarse de la guerra porque deseaban que hubiera seguido la suerte de Pompeyo: «Dicebar debuisse cum Pompeio proficisci!... Valde hoc loco urgeor» (*Att.* 11, 7). Su hermano y su sobrino no se contentaron con alejarse afectivamente de él, sino que, como argumento de descargo propio, le acusaron gravemente ante César, como único responsable de su resolución alocada de entrar en la guerra a favor de Pompeyo (*Att.* 11,8; 11,10; 11,11; 11,13; 11,15).

Además se halla sin recurso alguno. Cuanto tenía hubo de entregarlo a Pompeyo para los gastos de la guerra. «Si quas habuimus facultates, eas Pompeio tum, cum id videbamus sapienter facere, detulimus». (*Att.* 11, 13).

Hay un momento en que se ve perdido. Es la primera quincena de marzo. César no llega. Su hermano no cesa de acusarlo. Su yerno no quiere saber nada de él. No halla medio de salir del atolladero. (*Att.* 11, 15). Recomienda a Atico su hija y le ruega que, cuando él falte, la vuelva a la amistad de su tío Quinto. (*Att.* 11, 9, del 3 de marzo; 11, 11, del 8 de marzo).

Piensa mandar a su hijo Marcos para que interceda y solicite el perdón de César. (*Att.* 11, 17, del 14 de junio; *Fam.* 14, 11, del 15 de junio); pero desiste del propósito porque no hay rumor alguno del retorno del vencedor. (*Att.* 11, 18, del 20 de junio; *Fam.* 14, 15, del mismo día).

La paz, aunque tardía, podía salvar aun de graves pérdidas a la patria. (*Fam.* 15, 15,). Cicerón lo ve así y desea que se restablezca cuanto antes; pero seguir pensando en ella es una utopía. «Iam enim mihi videtur adesse extremum, nec ulla fore conditio pacis,



eaque quae sunt, etiam sine adversario peritura». (*Att.* 11, 25, del 5 de julio). Y el 22 del mismo mes: «Est autem unum, quod mihi sit optandum, si quid agi de pace possit, quod nulla equidem habeo in spe» (*Att.* 11, 19,). A mediados de agosto escribe a Casio: «Etsi uterque nostrum, spe pacis, et odio civilis sanguinis, abesse a belli pertinacia voluit, tamen, eius consilii princeps ego fuisse videor...» (*Fam.* 15, 15).

Por fin el 12 de agosto puede comunicar a Terencia: «Redditae mihi tandem sunt a Caesare litterae satis liberales, et ipse opinione celerius venturus esse dicitur» (*Fam.* 14, 23). Ya un mes antes había cobrado alguna esperanza del perdón, porque su hermano que había estado con César, le escribía una carta felicitándole (*Att.* 11, 23, del 9 de julio). El 16 de agosto se entera de que César ha perdonado a Quinto y su hijo. A nadie ha negado su perdón. «Omnino dicitur nemini negare» (*Att.* 11 21).

El ánimo de Cicerón se recobra con estas nuevas y crece la impaciencia de la llegada del vencedor, para aclarar y legitimar definitivamente su permanencia en Italia y poder reanudar por fin la actividad de su vida, oprimida durante varios meses entre la esperanza y la desesperación. Un hecho casual exige la inmediata presencia de César. Los soldados de la legión XII se han negado a aceptar jefe alguno, mientras no se les pague sus estipendios. Sila que fué a hacerse cargo de su capitania, tuvo que alejarse porque los legionarios le recibieron a pedradas. Una sublevación como esa únicamente César podía apaciguarla. (*Afr. Att.* 11, 21; 11, 22).

Los últimos momentos de la espera acaban con la salud de Cicerón, que no sabe si mandar intercesores o dirigirse él en persona a recibir a César (*Att.* 11, 22, primeros de septiembre). Por fin salió él mismo a esperarle. La entrevista nos la cuenta así Plutarco *Cic.* 39: «Cuando supo que había desembarcado en Tarento, y que desde allí se dirigía por tierra a Brindis, le salió al encuentro, no sin alguna esperanza, aunque avergonzado de tener que ir a mirar la cara de un enemigo victorioso a presencia de muchos; pero no le fué necesario decir o hacer cosa que no le estuviera bien; porque César, luego que vió, que, adelantándose a los demás, iba a recibirle, se apeó, le abrazó y caminó hablando con él solo algunos estadios. Desde entonces siempre le tuvo consideración y lo trató con aprecio; tanto, que en el libro que escribió contra el elogio que de Catón había formado Cicerón, le celebró este

opúsculo, y tributó alabanzas a su vida, que dijo tenía gran semejanza con las de Pericles y Terámenes».

Cicerón no cuenta la entrevista, pero el primero de octubre escribe a su esposa una tarjeta en que le anuncia su llegada a Túsculo (*Fam.* 14, 20). En el mes de diciembre está ya en Roma. (*Fam.* 15, 21).

Desde el primer momento de su llegada a la ciudad emprende de nuevo su trabajo por la paz. Se propone reconstruir en cuanto pueda la grandeza de la patria con sus trabajos literarios (*Fam.* 9, 1; 9, 3; 9, 2 todas a Varrón), y devolverle, según la medida de sus fuerzas, la cooperación de los grande romanos que vagaban miserablemente comiendo el pan del destierro. Desde este momento es el intercesor nato de todos los alejados de la tierra de la patria y del ánimo de César, (Cf. *Fam.* 4, 15; 13, 29 e infinitas más escritas en los primeros meses del año 46 a. C.).

Le dolían cordialmente los hombres que en la guerra habían desaparecido: M. Calpurnio Bíbulo, Lucio Domicio Enoharbo, L. Cornelio Léntulo, C. Çurión, M. Catón, G. Pompeyo... Y los que estaban lejos de la patria: P. Escipión, M. Marcelo, Ligario, etc. (Cf. *Fam.* 5, 21).

No cesa tampoco de comunicar a los cuatro vientos que él ante todo defendió la paz: «Ego sum qui nullius vim plus valere volui, quam honestum otium, idemque, cum illa ipsa arma, quae semper timuerant, plus posse sensi, quam illum consensum bonorum, quem ego idem effeceram, quavis tuta conditione pacem accipere malui, quam viribus cum valentiore pugnare» (*Fam.* 5, 21, abril, 46). (Cf. *Fam.* 7, 3, del mes de julio).

La vida de Cicerón en Roma era de retiro escondido. En los primeros meses no salía apenas de casa. Y aun lo poco que salía le proporcionaba no pequeños disgustos, porque algunos cesarianos, enemigos del orador, no podían sufrir el que M. Tulio no hubiera muerto. (Cf. *Fam.* 9, 2; 9, 16; 7, 3).

Para evitar estos inconvenientes y poder dedicarse con más sosiego al estudio, se retira en el mes de junio a su finca de Túsculo. Allí recibe otra noticia triste. M. Catón, derrotado en Africa por el ejército cesariano, se suicida en Utica. (*Att.* 12, 4).

En el mismo mes volvió Cicerón a Roma, solicitado quizás por algunos cesarianos que empezaron a honrarle en gran manera. «Itaque non desino apud istos, qui nunc dominantur, cenitare. Quid fa-

ciam? tempori serviendum est» (*Fam.* 9, 7). A primeros de julio, de nuevo en Túsculo, tenía ya compuesto su «Laus M. Catonis», (*Att.* 12, 5). Quiénes fueran esos cesarianos que tan bien le trataban lo dice a Papirio Peto en *Fam.* 9, 16, 7, escrita en el mes de julio desde Túsculo. Hircio y Dolabela son discípulos suyos. Cicerón se había propuesto en todo la moderación y la prudencia que se atrajo el favor de los dominadores hasta el punto que en la misma carta pudo escribir: «Sic enim color, sic observor ab omnibus his, qui a Caesare diliguntur, ut ab his me amari putem...»

Para que consten sus decididos trabajos por la paz no cesa de manifestarlos a sus amigos siempre que se le ofrece una ocasión oportuna. (Cf. *Fam.* 4, 7; y sobre todo *Fam.* 6, 6). Hasta puede decir muy alto que aun su incorporación a los campamentos de Pompeyo fué movida por su deseo de la paz: «Si vicissent ii, ad quos ego pacis spe, non belli cupiditate adductus accesseram...» porque en los campamentos no cesó de inculcar la paz. (*Fam.* 4, 4).

Luego defiende a Ligario (*Fam.* 6, 14), a Demetrio Mega (*Fam.* 13, 36), a Ampio (*Fam.* 6, 12) y a otros muchos a quienes restituye al seno de la patria.

A primeros de enero del 45, los hijos de Pompeyo, Gneo y Sexto reúnen en España un ejército de varias legiones. Los generales cesarianos no pueden deshacerse de los enemigos y tiene que venir el emperador en persona a dirigir la guerra. La batalla se dió en Munda el 17 de marzo. Fué la última que dirigió César y también la más dura de cuantas peleó. El mismo dijo al retirarse de la batalla «que muchas veces había peleado por la victoria, y entonces, por primera vez, por la vida» (PLUT. *Caes.* 56). Con ella acaba la contienda civil. Los restos de las tropas de Pompeyo, siguiendo al superviviente Sexto Pompeyo, se hicieron piratas y preocuparon más tarde a César Octaviano. La paz había llegado por fin, pero después del aniquilamiento total de una de las partes, como lo había predicho infinidad de veces M. Tulio, sin que el gran patricio hubiera podido evitarlo a pesar de sus esfuerzos denodados. El haber sido el príncipe de la paz en esta gran contienda cívica, es el único consuelo que de ella le quedó. En sus discursos posteriores lo dice siempre en voz alta en vida de César y después de su muerte. Véanse los discursos: *Pro Marcello*, 5, 14-15; 6,18; 9,28; *Phil.* 2.<sup>a</sup> cap. 9-10; cap. 15; cap. 16; cap. 22; cap. 24; cap. 29; cap. 30; cap. 32; cap. 44; y *Plut. Cic.* cap. 36-39.

## CONCLUSION

Suele aducirse la guerra civil como un testimonio del fracaso político de Cicerón. Nada más injusto. Cicerón tuvo visión clara de las cosas, y, como él nos lo repite varias veces, las predijo antes de que sucedieran; pero el deber del patriota era precisamente el situarse delante de los acontecimientos futuros para impedirlos con sus medios. Por desgracia él no contaba con las mismas armas que los que estaban interesados en que la guerra se efectuara. Él no tenía 13 o 15 legiones en sus manos para impedir que las de César y Pompeyo se atacaran tristemente. No se puede culpar de fracaso a quienes, después de poner cuantos medios estaban a su alcance, no han podido evitar que se desarrollaran libremente, las violentas pasiones de los hombres enfurecidos.

JOSÉ GUILLÉN.